

ción y la marejada revolucionaria que sacude los espíritus obreros, se desborda incontenible.

Después de la lucha verbal, la lucha en las barricadas; después del triunfo en la lucha verbal, el triunfo en las barricadas y el poder, fatalmente, en manos de los revolucionarios. —A. T.

LA VIDA AVENTURERA DE ANTONIO JOSÉ DE IRISARRI.

Merced a la diligencia y erudición de don Guillermo Feliú Cruz, Conservador de la Sala Medina de nuestra Biblioteca Nacional, es posible conocer hoy aspectos nuevos de la pintoresca vida del guatemalteco don Antonio José de Irisarri.

Se halla ligado éste al recuerdo de los chilenos, por los servicios consagrados a nuestra patria en sus primeros días republicanos. La vida suya ha sido objeto de agrias disputas y múltiples actuaciones lo privaron de simpatías. Carácter cáustico, no fué ajeno a los apasionamientos y dicitos que enciende la pasión política. Él se llama "cristiano errante", pero de lo último tiene más que de lo primero.

En el libro que motiva estas líneas se ven curiosos resplandores de su alma. Hombre clásico, educado en disciplinas literarias refinadas, maneja bien la prosa y el verso. Trata de dar una sensación panorámica de la América que recorrió en sus andanzas. Sirve a Chile, para denigrarlo más tarde. Su actuación discutidísima en la Intendencia de Colchagua, durante el período en que Portales dirige a Chile, lo arrastró a desbordes inverosímiles de panfletista. Enzarzado de peleas con Vicuña Mackenna y con Melchor Concha y Toro, salpica a los dos con los salivazos de la procacidad.

A un adversario, que esgrime el título de doctor, le endilga estos versos:

La ciencia jamás la dió
Ninguna Universidad,
Aunque tenga facultad
Para vestir a un virote,
Con el sabio capirote
Que cubre su nulidad.

Cuando lleva la representación diplomática de Chile a Londres, se enemista con el argentino Rivadavia y su acólito Al-

varez Condarco. Del primero dice en una carta, aun inédita, que dirige a O'Higgins: "Este señor Rivadavia, sobre todo es la bola más redonda de todas las bolas redondas, es hombre que sólo puede servir para bedel de un colegio o para lego de un convento de frailes..." Después continúa: "El señor Rivadavia sólo se roza con el señor Alvarez Condarco, que vive en una tocinería, y que desde luego con su aptitud a la mecánica, debe ya haber aprendido a curar un jamón perfectamente, y sabrá hacer unas salchichas con mucho gusto..."

A continuación añade estas líneas sarcásticas: "¡Pobre América! ¿Cómo conseguiremos ser respetados con las muestras que dan nuestros diplomáticos de la cultura americana? Si no nos tienen por indios bravos nos hacen mucho favor estos señores europeos. Los hombres de tanta cáscara como el señor Rivadavia y el señor Alvarez Condarco sólo debían venir a estas cortes después de haberlos descortezado con una buena azuela, pues no pueden verse, sin manifestar en toda su mole, la mano rústica de la naturaleza, como se manifiesta en todas las producciones en que el arte no ha tenido la menor intervención..."

El 12 y 18 de abril de 1820, insistía aún en sus diatribas: "Rivadavia pudiera gobernar mejor una carreta con dos bueyes, que disponer del éxito favorable de las negociaciones que se le han encomendado". Estimaba muy desafortunada una actuación del ilustre argentino cerca del Duque de San Carlos, Embajador de España ante la Corte de Saint James.

Tal es Irisarri, hombre de cáscara amarga y que lleva la verdad punzadora a flor de piel. En "*El Cristiano Errante*" reviven otras vetas de su carácter: un espíritu minucioso, analítico; a veces llevado a lo fatigoso. También puntea ese temperamento enamorado, que indica en el interesante prólogo el señor Feliú Cruz. Nos cuenta unos amores tenidos con una criolla en Oajaca, junto a un marco pintoresco de mejicanidad, que le dicta páginas sabrosas y llenas de color local. Ahí está lo mejor de su alma de escritor. "¡Qué felices eran—dice—, entre paréntesis, aquellos hombres del pueblo escogido del Señor! El dichoso hijo de Isaac y nieto de Abraham, no sólo pudo tener por mujeres a sus dos primas al mismo tiempo, sino que por dar gusto a las dos, tuvo varios hijos en las esclavas de ellas, Bala y Zelpha; viéndose por aquí, que las amables hebreas no conocían esta maldita enfermedad de los celos de que padecen las mujeres cristianas. ¡Pobrecitas!"

Es amenísima una descripción del Solito, un bandido me-

xicano, que tenía un "camouflage" para asaltar a los viajeros de las diligencias. Este hombre armaba unos cuantos muñecos que aparecían apuntando al camino. Entonces se adelantaba y pedía la entrega de los objetos y oro que llevaban los viandantes.

En otra parte pinta las costumbres mexicanas y tiene las siguientes líneas muy características: "Medio real valía un pato guisado con ají, o chile, como se llama en México y Centro América, en el tiempo que estuvo allí Romualdo, y las mujeres que lo vendían, anunciaban su mercadería con una cantina en que decía: "Aquí hay pato con chile; venga usted mi alma; aquí hay pato con chile; venga usted. Allí la gente es cariñosísima. Las expresiones de mi alma, mi vida, mi corazón, se oyen en todas las bocas, y suenan mejor que el "amor mío" de Quito y el "taita mío" del Perú, que sólo dan testimonio del abatimiento de aquellos pueblos".

Sin negar el interés del "*Cristiano Errante*", hallamos discutible su carácter de novela. Es una narración bien escrita, con trozos fatigantes y no poco de divagación insubstancial y pedante. Hay mucho recuerdo y variadas menciones que constituyen un punto de referencia para los biógrafos futuros de Irisarri. El señor Feliú, que ahonda en la existencia peregrina de Romualdo de Villapedrosa que es el propio Irisarri, tal vez sepa inyectar un interés mayor a su biografía, lo que no ha podido darle del todo el propio narrador guatemalteco.

El libro se corta en la parte que nos interesa más: en Lima. De ahí iba a salir para Chile el Cristiano Errante. ¡Cuántas cosas curiosas y peregrinas se han perdido con la suspensión de este relato!

Con ser bueno el estilo de Irisarri en este libro, no llega a la perfección que tiene en otras páginas suyas que conocemos. Irisarri era cáustico, castizo y correcto prosista. Dominaba la gramática y no incurre en los frecuentes disparates y afectaciones de los prosistas de la Independencia. Bebió su estilo en los modelos más excelentes de la época clásica. Como él dice al referirse a su protagonista: "Tenía un mediano conocimiento de las literaturas latina, española, inglesa, francesa e italiana; sabía la historia antigua y moderna, la cosmografía y la geografía, tan bien como se podían aprender en los libros de aquel tiempo, que eran tan malos como los catecismos del señor Ackermann, en que se aprende a conocer el mundo del señor Ackermann, y no el mundo en que vivimos".

Es divertida una invocación a la humildad que suena a fal-

sa en boca de Irisarri, cuya suficiencia se percibe nítida en el fondo de su azarosa y discutida existencia. Se tiene por un hombre miserable, "que ni siquiera ha merecido un poco de respeto de los más ignorantes de su tiempo". Y agrega muy orondo, con gracia apicarada: "Yo soy, como ya he dicho, la criatura más humilde que hay en el mundo; el polvo de la tierra que todos pisan y por esto sucede que cuando algún inconsiderado me pisa con fuerza, queda el pobre, cubierto de pies a cabeza. . ."

Esperamos la publicación de la *Vida del Perínclito Epaminondas del Cauca*, o sea de don Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar, obra que anuncia el señor Feliú y donde viven las mejores cualidades literarias de Irisarri.

El reciente prólogo revela en su autor un conocimiento profundo del guatemalteco, servidor de Chile, y hace preludivar lo mucho de interesante que tiene que decirnos aún el Conservador de la Sala Medina. Una vida fecunda de estudio, más de una docena de libros y folletos y un bien ganado prestigio de historiógrafo lo hacen esperar. La vida aventurera y novelésca de Irisarri será quizá el mejor complemento de una laboriosidad no desmentida y de un íntimo deleite por las cosas del pasado chileno.

En lo analizado vemos aspectos nuevos de Irisarri. Falta la figura de cuerpo entero y el libro que le infundirá definitivo relieve en el tiempo.—*Ricardo A. Latcham*.

AURORA RUSA. por *Waldo Frank* (1).

A nuestros espíritus iluminados de claridades mediterráneas, cuya exteriorización la damos en conceptos claros y en un hablar fluente y sonoro, les es difícil penetrar en los hondones del alma nórdica que aparece ante nosotros velada por un sentido místico y trágico de la vida, como la atmósfera tenebrosa que envuelve esas tierras donde el sol apenas logra rozarlas.

Por eso, quien desee explicarse los fenómenos del mundo objetivo o subjetivo—política o arte, por ejemplo—de los pueblos septentrionales, debe acomodar su lente de observación a la perspectiva que trata de enfocar, para lo cual tiene que establecer las diferencias étnicas, remontar en la historia,

(1) Editorial Cultura.—Santiago de Chile. 1933.